

RETIRO CUARESMA 2012

1. Jonás, el hombre que se substraе a la voluntad de Dios.

El de Jonás es un libro curioso, tanto por su estilo como por su contenido, en el conjunto del Antiguo Testamento. No nos encontramos frente a un relato de tipo histórico, por tanto, no hay que tomarlo al pie de la letra. Se trata, más bien, de una "puesta en escena", de una "dramatización" de la experiencia de fe. La historia de Jonás es la historia de un hombre débil, abordado por Dios, aterrado por la presencia del Altísimo y por las consecuencias vitales que esto implica. Si tuviéramos que ponerle un subtítulo a la obra éste podría ser Jonás, o la historia del profeta que no quiso profetizar. En definitiva, Jonás se convierte en un fugitivo de Dios. Podríamos incluso añadir: Jonás es un hombre como nosotros; se convierte en paradigma de muchos creyentes que temen ver complicada su vida por la entrada de Dios en ellas. ¿Quizá nuestra experiencia?

Nuestro profeta tenía una vida muy clara y muy reglamentada. Era una persona "oficialmente" buena. Conocía a la perfección donde estaba la frontera entre el bien y en mal: quiénes eran los buenos y quiénes los malos, los que vivían conforme a Dios y los que no, los que sintonizaban con la voluntad de Padre y los que estaban lejos de ella. Se parecía mucho al hermano mayor de la parábola de Lucas (Cf *Lc* 15,25-32).

Pero, de pronto, Dios entró en su vida y lo descompuso todo: "Levántate, vete a Nínive, la gran ciudad, y proclama lo que yo te diga" (3,2). Dios quiere salvar a los Ninivitas, los ama tanto, es tal su misericordia que está dispuesto a todo por ellos; solo precisa de una cosa: que Jonás se asocie con él, que comparta su empeño.

Nínive es el símbolo de todo lo alejado, de todo lo perdido. Podríamos decir que es el icono de nuestra sociedad. Y Jonás recibe la misión de recordarles a aquellas gentes que las puertas del hogar paterno están abiertas de par en par; que Dios tiene prisa de que vuelvan porque su perdón está impaciente. ¡Era excesivo para un hombre con las ideas tan claras como Jonás! ¿Cómo va a querer Dios envolver en su ternura, en su misericordia a aquella cuadrilla de desalmados, a todos aquellos que, ni tan siquiera, pertenecían al pueblo elegido?

Jonás sintió pánico y huyó. Dios lo mandó a Nínive y el se embarcó rumbo a Tarsis, justo en dirección contraria. El desdichado Jonás quiere huir para no complicarse la vida; pero también porque no considera a aquellas pobres gentes dignas de ser salvadas: "¡Si han pecado, que perezcan!".

Sin embargo, Jonás no contaba con la tozuda paciencia de Dios. Su viaje está lleno de dificultades: hay una terrible tempestad, los marineros le echan la culpa y lo arrojan al mar, y hasta es tragado por un pez gigantesco. "¡Pobre Jonás!", podríamos pensar; y, en realidad, deberíamos decir: "¡dichoso Jonás!". Porque el buen Dios fue jugueteando con él, minándole, poco a poco, el terreno hasta purificarlo, hacerlo dócil, obediente y disponible a su vocación de profeta y le ayuda a elegir libremente en todas las cosas lo más conducente a ella. Por eso, al final será Jonás quien salga ganando: vencido ante Dios fue el vencedor de Nínive, el "salvador" de la ciudad.

Jonás tuvo éxito. Pero aún así, ni tan siquiera con aquel "éxito pastoral" Jonás se sintió satisfecho. Continuaba obstinado y taciturno; estaba enfadado, porque había tenido que dar su brazo a torcer. Por el contrario, Dios sigue manifestando una paciencia infinita y empleará de nuevo el método que tanto éxito le dio anteriormente: jugará con Jonás. Éste, cansado, decide refugiarse a la sombra de un ricino. Dios decide secar el arbusto y enojar así aún más a Jonás. Era una manera de decirle: "Mira, amigo mío, si tanto te ha molestado que

se secura ese árbol que te daba sombra, cuánto más voy yo a lamentar la pérdida de todos esos que son mis hijos y que quiero que vuelvan a mí". No sabemos cómo terminó la historia. La Biblia da a Dios la última palabra y deja a Jonás en silencio.

2. Abraham, el amigo de Dios y padre de los creyentes

Jonás es el "modelo" de muchos cristianos. De todos aquellos que, en lugar de emprender el camino del sí a los planes de Dios, deciden seguir la senda del no. El P. Germán Arana afirma que el substraerse a la voluntad de Dios no produce un orden alternativo en la persona; produce sencillamente el caos; lleva consigo la frustración de su vocación, su no-realización. En cambio, el que ha puesto en Dios el fundamento y la meta de su vida, se sabe llamado por Dios y responsable ante Él: vive porque Dios lo quiso y para vivir como Dios quiere...; se sabe vivo, por haber sido llamado por Dios; sabe que vivirá, si se mantiene fiel a esa vocación (Gn 3,17-19)".

Un ejemplo lo tenemos en la vida de Abrahán, "nuestro padre en la fe" (cf Rm 4,12); os invito a leer el cap. 22 del libro del Génesis: Abrahán, Abrahán... Hinneri, heme aquí, Señor.

Ahora bien, ¿por qué nos vemos retratados en Jonás más que, por ejemplo, en Abrahán o, en María? ¿Qué acontece en nuestro interior que va quitando brillo, vigor, fuerza a nuestra experiencia creyente hasta, quien sabe, hacerla languidecer peligrosamente? Nos encontramos ante lo que la Biblia llama la "incredulidad": «Ante las maravillas siempre nuevas del amor de Dios, substraído a todo control y verificación, el creyente se ve situado todos los días ante el dilema: fiarse únicamente de Dios o caer en la incredulidad que se convierte en la raíz de todo pecado. La incredulidad es no tomar a Dios como apoyo, haciéndose indócil y rebelde [...] Es apoyarse en la propia vida (cf Dt 28,66), lo mismo que hace el malvado. Es considerar a Yahweh incapaz de comprender y de liberar al hombre en sus necesidades [...] Es negación "de la existencia de un plan divino (NDTB 659-660).

¿Cuáles serían hoy algunas de esas "incredulidades" que, en menor o mayor medida, pueden hacer peligrar nuestro caminar creyente? Veamos algunas:

- Un estilo de vida superficial y escasamente significativo. Lo detectaba ya el apóstol Pablo: "Esto es lo que os digo y aseguro en el Señor que no andéis ya, como en el caso de los gentiles, que andan en la vacuidad de sus criterios; con el pensamiento a oscuras y ajenos a la vida de Dios; esto se debe a la inconsciencia que domina entre ellos por la obstinación de su corazón" (Ef 4,17-18).

- Una fe vivida no como "gracia" sino como "obligación". Muchos creyentes llevamos nuestra experiencia de seguidores de Jesús como una "pesada obligación" más que como una gozosa experiencia de sentirnos infinitamente envueltos en la entrañable misericordia de Dios. No se trata de vivir de una determinada manera "para" ser cristiano; más bien, vivimos de una determinada forma "por" ser cristianos.

- Una fe sin calidad de vida interior. No hay que ser muy listos para conocer el final de una persona que se resiste a ingerir alimentos; o también el desarrollo de una relación afectiva que no es cuidada con gestos y momentos de intimidad y preocupación mutua. Lo mismo sucede con nuestra vivencia de la fe: ¿Qué solidez creyente podemos esperar de quien no cuida, de modo cotidiano y permanente, su vida de fe? Nos lo dice Mateo en su Evangelio: «El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca...." (Mt 7,24-27). Es inconcebible que un hombre consagrado pueda vivir intensamente su vida sin gustar y sentir internamente el amor del Señor.

- La comodidad, la pereza el miedo. Estamos en la cultura de lo light, de lo "fácil", del "usar y tirar". Una cultura que se nos impone desde el mundo del mercado pero que empieza

a invadir todos los rincones de nuestro ser personas: lo mismo que buscamos envases con "abre fácil" o de "usar y tirar", queremos relaciones que sean también de "usar y tirar". Y quien dice relaciones puede decir profesión religiosa, comunidad, oración, seguimiento de Jesús. El Maestro, cuando nos llama, nos invita a un estilo de vida tan radical, tan absoluto que cualquier medianía no tiene espacio; Jesús quiere gente del "sí" o del "no", pero no términos medios: "El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará" (Lc 9,23-24). "Cruz", "renuncia", "negarse" no son palabras con buen cartel hoy por hoy. Pero son esenciales en la vida cristiana. Vivir por, como y para Jesús exige luchar contra todo lo que hay en nosotros de "mujer u hombre viejos" y contra todo lo que descubrimos a nuestro alrededor de "humanidad vieja". «El que es de Cristo es una criatura nueva. Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado» (2 Co 5,17). Se trata, pues, de actitudes contrarias a toda actitud acomodaticia y temerosa ante el rechazo de la gente. Son momentos para mirar intensamente a la Cruz del Señor y revisar, en ella y desde ella, nuestra fe. La ascesis nos ayuda eficazmente a superar esta incredulidad porque establece una distancia entre el objeto de nuestro deseo y su elección; esta distancia que puede tener la forma de medida, de dilación o, incluso, de renuncia voluntaria permite la valoración del objeto deseado desde la propia rectitud de intención en función de la realización de la propia vocación personal. En esa distancia crece la libertad y la madurez del cristiano...

3. María, la mujer que dio a Dios un sí total y definitivo

María tiene mucho que ver con Jonás. También, como a él, Dios se dirige a María y le invita a participar de modo activo en el Plan de Salvación que tiene preparado: nada menos que entrar en la historia humana. Ambos quedan perplejos ante aquella "entrada" de Dios en sus vidas, se desconciertan, no saben que hacer. Y sin embargo la respuesta es bien distinta en cada caso.

María, al contrario de Jonás, superada la sorpresa inicial confió plenamente en lo que el ángel le decía. Si Dios ha confiado en nosotros, ¿cómo no vamos nosotros, entonces, a confiar en nuestras posibilidades? "En vez de preocuparnos por lo que nos ha de costar seguir nuestra vocación, emplearíamos mejor nuestro tiempo si, maravillados porque Dios cuenta con nosotros, nos pusieramos completamente a su disposición" (J. J. Bartolomé, María 22). Eso fue precisamente lo que hizo María. Ella quedó encantada al pensar que Dios había contado con ella. María sabía de sobra que el que es invitado por Dios a ayudarle en la salvación de los demás, nada tiene que temer, ni a nadie, y mucho tiene que ganar; a todo llamado por Dios, como a María misma, le está prohibido el miedo: "no temas María". Sabernos confidentes de Dios, debe hacernos confiados. ¿Por qué nos cuesta a nosotros tanto creer a Dios? María aceptó para sí aquello que parecía absolutamente descabellado: ser madre y virgen. Se trata, pues, de ahondar ese carácter de "confidentes" de "íntimos" de Dios: si mucho nos pide, es que mucho confía en nosotros.

Y María tiene también mucho que ver con Abrahán, nuestro padre en la fe. Sólo con una diferencia.....